



# EL ORO

UNA mañana que el sol surjía del abismo y se lanzaba al espacio, un vaiven de su carro flamijero lo hizo rozar la cúspide de la montaña.

Por la tarde un águila que regresaba a su nido, vió en la negra cima un punto brillantísimo que resplandecía como una estrella.

Abatió el vuelo y percibió, aprisionado en una arista de la roca, un rutilante rayo de sol.

—Pobrecillo, díjole el ave compadecida, no te inquietes que yo escalaré las nubes y alcanzaré contigo la cuadriga excelsa ántes que desaparezca debajo del mar.

Y cojiéndolo en el pico se remontó por los aires y voló rauda tras el astro que se hundía en el ocaso.

Pero, cuando ya estaba próxima a alcanzar al fujitivo sintió el águila que el dardo con soberbia ingratitud, abrasaba el curvo pico que lo retornaba al cielo.

Irritada, entónces, abrió las mandíbulas y lo precipitó en el vacío.

Descendió el rayo como una estrella filante, chocó contra la tierra, se levantó y volvió a caer. Como una luciérnaga maravillosa erró a través de los campos y su brillo infinitamente mas intenso que el de millones de diamantes, era visible en mitad del día y de noche centellaba en las tinieblas como un diminuto sol.

Los hombres, asombrados, buscaron mucho tiempo la esplicacion del hecho extraordinario, hasta que un día los magos y los profetas descifraron el enigma. La errabunda estrella era una hebra desprendida de la cabellera del sol. Y añadieron que el que lograra aprisionarla vería trocarse su existencia efímera en una vida inmortal; pero para cojer el rayo sin ser consumido por él, era necesario haber estirpado del alma todo vestigio de piedad y amor.

Entónces todos los lazos se desataron y ya no hubo ni padres, ni hijos, ni hermanos. Los amantes abandonaron a sus amadas y la humanidad entera persiguió, como desatentada jauría, al celeste peregrino por toda la redondez de la tierra. Noche y día millares de ma-

nos ávida se tendieron sin cesar hácia el ascua fulgurante, cuyo contacto reducía a la nada a los audaces y solo dejaba de sus cuerpos, de sus corazones egoistas y soberbios, un puñado de polvo rubio como el trigo y que parecía hecho de rayos de sol.

Y aquel prodijio, incesantemente repetido, no detenía el enjambre de los que iban a la conquista de la inmortalidad. Los que sucumbían eran sin duda aquellos que conservaban en sus corazones un vestigio de sentimientos adversos y cada cual, confiado en el poder victorioso de su ambicion, proseguía la caza interminable, sin desmayos y sin recelos, seguro del éxito final.

Y el rayo erró por los cuatro ámbitos del planeta, marcando su paso con aquel reguero de polvo dorado y brillante que, arrastrado por las aguas, penetró a través de la tierra y se depositó en las grietas de las rocas y el lecho de los torrentes.

Por fin el águila, desvanecido ya su rencor, cojió nuevamente a la sutil hebra de luz y la suspendió del tembloroso rayo de una estrella allá en la ruta eterna y celeste del sol...

Y trascurrió el tiempo. El águila muchas veces centenaria vió hundirse en la nada incontables jeneraciones. Un día la Paz y la Fraternidad recojieron sus tiendas y, desplegando sus alas invisibles, se remontaron al infinito, y como hallasen a su paso al águila que bogaba en el azul, le dijeron:

—Nuestra era ha concluido y el oro empieza su reinado. Mirad allá abajo.

Y la penetrante mirada del ave distinguió a los hombres ocupados en extraer del seno de la tierra y del fondo de las aguas un polvo amarillo, rubio como las espigas, cuyo contacto infiltraba en sus venas un fuego desconocido.

Y viendo a los mortales, trastornada la esencia de sus almas, pelearse entre sí como fieras, exclamó el águila:

—Sí, el oro es un precioso metal. Mezcla de luz y de cieno, tiene el rubio matiz del rayo; y sus quilates son la soberbia, el egoismo y la ambicion.

BALDOMERO LILLO.